

Madrid, jueves, 7 de septiembre de 1925

Directora-fundadora *Celsia Regis*

Número suelto 20 céntimos

Organización feminista

LA ALTA POLITICA DE LA MUJER

III

Me encontré hace pocos días, en la Puerta del Sol con un amigo socialista. Hablamos largo y tendido de la organización de sus mujeres. Si, porque, aunque no lo parezca, tengo amigos socialistas; como los tengo monárquicos y también republicanos, amigos que a mi se me antojan incondicionales, y lo son porque simpatizan con la causa de la mujer, y no siendo yo de ninguno de los bandos, porque las que voluntariamente nos encaminamos por los senderos de la Sociología vemos las cosas de muy distinta manera, he recibido de todos esos amigos, que militan en tan opuestos campos políticos, alientos para no desmayar en mi espinosa labor. Por esto, sin duda, porque tengo la valentía de pensar alto y declarar con mi pluma mis pensamientos, he sido tan combatida por personas de partido que limitadas ellas a laborar en un ambiente pequeño no pueden, o no quieren comprender, que toda obra social, y sobre todo la obra social feminista, para merecer tal nombre, ha de remontar el vuelo y sobreponerse sobre intereses de Partido, de Gobierno y hasta de Régimen.

Dije, pues que me encontré con el amigo socialista y hablamos de la organización de sus mujeres. Es él ilustrado, decidido y enamorado de la causa que defiende, militó siempre en ese campo y el partido socialista le debe mucho y las mujeres socialistas aun más, pues es uno de sus entusiastas paladines.

—Vamos bien—dijo él—, logrando poco a poco el que ellas se den cuenta; no tenemos muchas, pero son decididas.

—La organización se hace necesaria—le contesté—, me parece muy bien que ellas se agrupen, que atiendan a las normas que ustedes las trazan, que después, cuando todos tengamos nuestros grupos formados y disciplinados podemos reunirnos, cuando los intereses del sexo lo reclaman, y hacer peticiones de interés colectivo.

Asintió él, y luego hablamos del estado actual político.

La mostré mi extrañeza por no laborar los socialistas con otros partidos cuando los intereses de la patria lo reclaman; porque creo yo, que si el partido socialista es político y aspira con el tiempo a gobernar no ha de prescindir de las fronteras que limitan la patria, porque si suprimen el concepto nacional, nadie que anhela al sosiego, podrá secundarles, y a este propósito le cité el caso del rey de Bélgica que se con-

fió al jefe de los socialistas, dándole el encargo de formar gobierno.

Indicó él el caso de Mac Donald en Inglaterra y convinimos en que no sería un despropósito en que el partido socialista gobernara con la monarquía.

—¡Horror!—diran algunas mujeres socialistas—, ¡horror! ¿nosotras monárquicas?

No, no seréis monárquicas, seréis siempre las representantes del pueblo, atentas a los movimientos de protección del jefe de estado. ¿Para qué son los gobiernos sino para cumplir la voluntad del Pueblo, cuando ese pueblo sabe razonar y encauzar sus peticiones por el camino de la Lógica? No tanto horror, señoras mías, el amigo socialista lo encontró muy razonable; y al decirle yo que quería, en este sentido explorar el terreno, en las voluntades de los hombres de los distintos partidos que aspiraban a gobernar me indicó los nombres de Besteiro y de Los Ríos.

Otra exclamación de terror oigo decir a las mujeres monárquicas, teniéndome por loca el proponer que las mujeres socialistas se acerquen al trono cuando las necesidades del sexo y de la patria lo reclaman. ¡Pues yo lo encuentro muy lógico! Porque como dije antes, los intereses de partido solo son condicionales, y el interés general está sobre ellos.

Los intereses de los obreros están muy lesionados; me decía el amigo socialista que, en su sección, para sostener a los parados, tenían que dejar medio jornal a la semana, y que con esto y las reservas que tenían en caja llevaban ya gastadas 72.000 pesetas; que iban sosteniendo la situación difícilmente; que la vida estaba muy cara; que vivían antes mucho mejor con los jornales más bajos, y que no sabían que iba a ser esto porque el hambre era siempre mala consejera. Y los dos forjamos, en un momento, un programa económico, con el que se pudiera vivir: Aumento de producción por parte del obrero; disminución de impuestos por el gobierno, y paulativamente rebaja de los jornales.

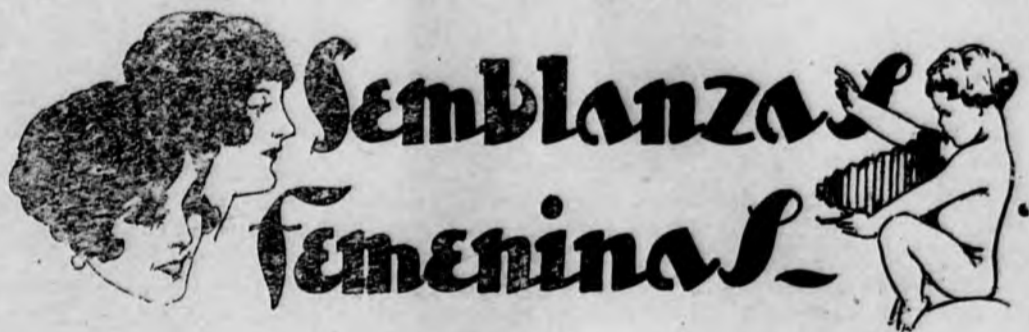
¡Qué importante es todo esto y cuánto se sobrepone a los pequeños intereses de partido!

¡Mujeres, mujeres! nuestra misión nos reclama al lado del hombre, para limar asperezas; para unirlos, en el bien; para anular prejuicios de partido y atraer a todos al interés del bien general; para ser las redentoras de ellos, aún a su pesar, obligándoles a que depongan odios y se hagan fuertes por el trabajo y por la honradez.

Solo cuando se es consciente en el deber puede exigirse el derecho. Y se exige sin violencia, por la propia necesidad que la sociedad tiene de servirse de los miembros que le son indispensables.

Llegar a esto es hacer alta política, única, a mi vez, que le incumbe y debe hacer la mujer.

CELSIA REGIS



Doña María de Molina, llamada la Grande

V

Cuenta el P. Mariana, en su Historia de España, que el infante don Enrique al proponer a la reina el que se casara con el infante don Pedro de Aragón la dijo:

—Tres reyes se han conjurado en nuestro daño, a éstos sigue gran parte los grandes del reino: contra tanta potencia y tempestad, ¿qué reparo es una mujer, un viejo y un niño? Paréceme, señora, que las fuerzas se ayuden con maña.

—Injustamente—respondió ella—y con malos medios procuran despojar a mi hijo del reino de su padre: espero en Dios tendrá cuidado de defender su inocente edad: este es el refugio más cierto y la esperanza que tengo.

—Está bien—contestó don Enrique—; no se remedian los males ni los santos se granjean con votos y lágrimas femeniles. Los peligros se han de remediar con velar, cuidar y rodear el pensamiento por todas partes; así se ha conservado la república en los grandes peligros; en el sueño y descuido está cierta la ruina y perdición: ¡mi parecer es que os caseis, señora, con don Pedro, infante de Aragón, el soltero y vos viuda. Deseo os agradase este mi consejo en cuanto sería saludable. Poned, señora, los ojos y las mientes en matronas, asaz principales, que por este camino, sin tacha y sin amancillar su buen nombre mantuvieron a sí y a sus hijos en sus estados, de suerte que ni a ellas ser mujeres empeció, ni a lo infantes su tierna edad.

Turbóse la reina con estas razones y respondió airada al infante.

—Afuera, señor, tal mengua; no mentéis cosa de tanta deshonra e infamia; nunca me podré persuadir de conservar el reino a mi hijo con agraviar a su padre: ni tengo para qué imitar ejemplos de señoras forasteras, pues hay tantas de mujeres ilustres de nuestra nación que conservaron la integridad de su fama, y con vida casta y limpia,

en su viudez, mantuvieron en pie los estados de sus hijos en el tiempo de su tierna edad. No faltarán socorros y fuerza: no fallecerá la divina clemencia, y una inocente vida prestará más que todas las artes. Cuando todo corra turbio y el peligro sea cierto, yo tengo de perseverar en este buen propósito: no quiero amancillar la majestad de mi hijo con flaqueza semejante.

Don Enrique, desairado con la contestación de la reina, abandonó las armas contra los enemigos que sitiaban Mayorga y se fué a combatir al rey de Granada.

(Continúa en la Pág. 2)

UNION DEL FEMINISMO ESPAÑOL

Como habíamos anunciado, en nuestro número anterior, el jueves día 27 del pasado agosto se reunió la Junta Directiva de la «Unión del Feminismo Español», en la Redacción de «La Voz de la Mujer»: Palma, 68 1.º D.

Entre otros acuerdos se tomó el de formar en seguida la Bolsa del Trabajo para facilitar colocación a sus asociadas.

Todos los jueves, a partir de las cinco de la tarde, seguirán reuniéndose las señoras de la «Unión» en el mencionado local.

En el próximo jueves, día 10, se tratará de los trabajos preparatorios del Congreso Mundial a Santa Teresa de Jesús

Se ruega la asistencia de nuestras asociadas puedan.

La Voz de la Mujer

SEMANARIO FEMINISTA

Oficinas provisionales: Palma 68. Talleres: Paseo de los Pontones, 23, Teléfono 21-95 M.

APARTADO 613, donde se dirigirá toda la correspondencia

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Trimestre... 2'75 ptas.	PROVINCIAS	Trimestre... 3'25 ptas.
	Semestre... 5'50 ptas.		Semestre... 6'00
	Un año... 10'00		Un año... 10'50
EXTRANJERO:		Semestre..... 10 pesetas.	
		Un año..... 18.	

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS

Página entera, por inserción.....	100 pesetas
Media id.....	60
Cuarto id.....	35
Octavo id.....	20

Anuncios económicos intercalados en el texto: Espacio de 10 líneas, del cuerpo 10, sin sitio determinado, tres anuncios 10 pesetas.

Anuncios Bolsa del Trabajo

De una a diez palabras.....	0'75 céntimo
Cada palabra más.....	0'05

Comunicados, artículos de información industrial, con grabados intercalados en el texto, etc., etc. a precios convencionales.— Los contratos por más de tres anuncios tienen descuento.

Este periódico no tiene agentes exclusivos de publicidad: las ofertas y demandas son directas a nuestra Administración, única encargada de contratar y cobrar. Avisamos a los comerciantes para que no se dejen sorprender por los que se presenten en nuestro nombre sin estar personalmente autorizados por la firma de la Dirección y sello de la Administración.

No desmayó por eso María de Molina, pues se hizo la cuenta que era mejor estar sola que mal acompañada, y confiando siempre en la lealtad del pueblo, distribuyó a sus hijos por diferentes ciudades para obligar a las súbditos a mayor fidelidad, estudiando a los infantitos.

No fueron precisas las armas de la reina para vencer a los sitiadores de Mayorga, pues se desarrolló una epidemia que diezmo a los enemigos combatientes, muriendo todos los jefes y el mismo infante don Pedro de Aragón.

Aquí se mostró tan generosa María de Molina, que no sólo accedió a las treguas que le pidió el ejército aragones, sino que enterada de que los cuerpos de los próceres fallecidos iban en ataúdes pobrísimos, mandó riquísimo brocados para que les cubrieran, siendo vencidos de este modo, por ella, no solo en vida, sino después de muertos.

La muerte la libró de un enemigo poderoso: de los aragoneses; pero le que daba otro no menos temible: el rey de Portugal, que llamado por los sitiadores de Mayorga venía con gran poder para participar en la presa.

A estas dificultades se unía la falta de dinero para proseguir la guerra; pero pronto halló un recurso dándole la confianza los pueblos para poder acuñar moneda.

Esta prerrogativa, fuere exclusivo del soberano, afianzó la corona en las sienes de su hijo, y la permitió dotar y pagar bien a su ejército.

Quedó con esto muy quebrantado el enemigo y jugando el todo por el todo, bien unidos entre sí, determinaron sitiar a la reina en Valladolid, donde a la sazón se hallaba con el rey su hijo.

Al saberlo sus partidarios, la aconsejaron se retirase con el rey a alguna plaza fuerte, pues ambos corrían eminentemente peligro; mas ella no lo quiso hacer, diciendo que si volvía la espalda al enemigo perdería la fuerza moral que precisaba para vencer y que se hallaba resuelta a tomar personalmente la

defensa de la plaza, pues estaba convencida de que su sola presencia animaría a las tropas, y que si en esta jornada no salía bien, todas las otras ciudades perderían la confianza que habían puesto en ella.

Propuso que la seguridad de ella no importaba, que lo esencial, en aquella ocasión, era la seguridad del rey, y se avino a que le separasen de ella, asegurándole en una plaza fuerte, proponiendo para esto a don Juan Alfonso de Haro, que no quiso aceptar si no le daban antes al señorío de Cameros, que le fué concedido, por la importancia del servicio que se recababa de él.

Unidos el rey de Portugal, el infante don Juan, que se titulaba rey de León, don Alfonso de la Cerda, que se decía rey de Castilla, y don Juan Nuñez yerno del infante don Juan, se encaminaron con sus tropas hacia Valladolid, dando como seguras la prisión del rey y la reina.

El de Portugal mandó un mensajero de su confianza a decir a la reina que enviase un parlamentario para tratar de su rendición.

Muchas ocasiones había tenido María de Molina de demostrar su serenidad y valentía, pero ninguna era tan crítica como la que se le presentaba en aquellos momentos, así que reponiéndose valerosa contestó al mensajero lo siguiente:

—Decidle que no mando a nadie y que hace mal en andar destruyendo mis estados, después de haber convenido con él y haberle entregado las villas deseadas; pero que si se propasa a sitiar Valladolid, poniéndose al alcance de mi vista, nunca se realizará el matrimonio proyectado del rey con su hija.

Hemos de recordar que en los primeros intentos de rebelión del infante don Juan, fué tratado con el rey de Portugal, para que no le ayudase, que se casaría el rey de Castilla con su hija.

Esto le hizo reflexionar al portugués,

pues por mucho que ganara en aquel despojo no habría de ser tanto como el tener un yerno rey y ver coronada a su hija por reina de Castilla, con esto y con la entrega de unas villas que le dieron cerca de su frontera marchose a Portugal abandonando para siempre el partido de don Juan.

La reina con su maña, sin disparar una flecha, había ganado la batalla, alejando a los ejércitos que querían sitiarla a ella y a su hijo.

Rafaela Conde

(Continuará)

Amoldarse al tiempo

El que se amolda a su tiempo se amolda y pertenece a todos los tiempos, ha dicho Schiller. Ha cumplido su tarea y no debe preocuparse de lo que se pensará de él dentro de cien años.

El tiempo presente en que vivimos ofrece un aspecto bastante serio para mirarle con atención y aprovechar sus lecciones.

Por trágicos que hayan sido los años de la guerra y duros aun los que siguen esperando la paz, porque la lucha continúa en el terreno económico, hay personas en el tiempo y el espacio, que caminan con antiparras en los ojos, no viendo más que la ruta estrecha que ellos recorren, sin sospechar la presencia de los que siguen a su lado. Ellos se encuentran lo mismo entre los que su presupuesto elástico permite alguna extensión, como entre los que viven en la cálida garra de la ciencia y la erudición e ignoran las dificultades del momento.

Es por esto que, en la crisis social por la que atravesamos, ellos se preguntan todavía el por qué las jóvenes invaden todas las carreras masculinas obstruccionando de este modo a los hombres.

Pero les responderemos, que las jóvenes tienen, como los muchachos, el deber de vivir de su trabajo.

Otras veces—dicen ellos—sin recurrir a este campo, ellas lo pasaban bien, ¿cómo se las arreglaban?

Otras veces, un panecillo costaba cinco céntimos, ahora cuesta quince o veinte... Todo el problema está ahí.

Los padres de fortuna modesta podían, con los precios de antes, mantener a sus hijas y aun a fuerza de economía constituirles un pequeño dote. Hoy es preciso que ellas aporten su grano al agrupamiento familiar para que éste pueda subsistir. ¿Es un bien? ¿Es un mal? No es la hora de preguntárselo. Ante las necesidades inmediatas no hay que ergotear, sino obrar. Ya no estamos en el tiempo, bastante próximo, sin embargo, puesto que me recuerde de él, en el que un gentilhomme bretón decía: «El mayor pesar de mi vida ha sido cuando mis hijos quisieron trabajar». Entender por esto el dejar la casa solterga hereditaria para ir a abrazar una carrera, mientras que los antepasados no habían vivido, después de muchos siglos, que del producto de sus tierras.

Este prejuicio está tan en desuso hoy que, últimamente, un hijo de una de las

familias más linajudas de Francia, sobre la tarjeta de participación de su casamiento, hacía seguir a sus títulos nobiliarios este otro más modesto que debía a sí mismo: «Ingeniero de artes e Industrias».

La necesidad de poner a sus hijos en estado de bastarse a sí mismos por medio de su trabajo, los padres lo han reconocido, desde larga fecha, como un deber. Este deber es necesario, en lo sucesivo, extenderlo a sus hijas, preparándolas igualmente a la vida social, puesto que a la igualdad de talentos y capacidades, las mismas carreras les están abiertas.

¿Por qué, pues, gemir ante las realidades ineludibles? ¿Por qué lamentarse, como lo hacen algunas madres, pensando que sus hijas no pertenecen a lo más escogido de la sociedad porque ellas reciben honorarios? El prejuicio caerá como han caído tantos otros. Un oficial del ejército, un juez, por ejemplo no han disminuido de su categoría cuando reciben sus emolumentos por combatir o juzgar. Del mismo modo el que algunas mujeres dieran al país, al principio de la guerra, su concurso benévolo y al prolongarse ésta y con ella las dificultades económicas tuviera que admitir remuneración por sus trabajos, que al principio fueron gratuitos, no ha disminuido por ello su mérito. Las enfermeras militarizadas, las encargadas de fábrica, las inspectoras delegadas por el Ministerio de las regiones liberadas al lado de los pueblos probados por la guerra han hecho con su arduo y útil actividad, caer este prejuicio que no concedía admiración más que a los sacrificios benévolos. A riesgo de repetirme, no me cansaré jamás de escribir que el trabajo puede tender hacia un ideal como a una retribución monetaria. Para esto no hay más que saber escoger el sitio en donde poder dar su esfuerzo.

Hay que amoldarse al tiempo. De nada sirve, como decía el gran hombre de acción Mr. Ireland, ser de los «que se sientan a la puerta de los cementerios llorando sobre las tumbas que no se abrirán, olvidando el mundo de los vivos que les empujan». En vez de remontarse al pasado a través del océano de los tiempos, es mejor mirar adelante. Se verá que el trabajo no se abandona en los esclavos, como en las civilizaciones antiguas. En las sociedades modernas, por el contrario, se tiene cada vez más honor, a medida que se complica la asistencia de las naciones, en poder contribuir al bienestar general por cada uno de sus miembros.

Las jóvenes de hoy son animosas y no piensan lamentarse ante los siglos venideros. La mujer, durante la guerra, ha tomado conciencia de sí misma, conciencia como ser humano, pero además de su fuerza y de su utilidad, puesto que por todas partes ha reemplazado al hombre sin que la máquina social haya marchado peor.

Por el poder de las cosas, el feminismo, en cuatro años, ha progresado más que en el cuarto de siglo precedente. Las guerras de antes eran nefastas para las mujeres, porque el elemento femenino pasaba en seguida a segundo término, los combatientes estaban solos en centinela. La gran guerra ha movilizó a todas las mujeres de buena voluntad desde las duquesas hasta las

modistillas. Los que las rechazaban la vispera tuvieron que llamarlas a sus servicios. Muchos se han encontrado bien y han continuado. Es una evolución creadora que nada la detendrá y en la que hay que tomar su partido. El porvenir nos mostrará los resultados.

Claude D. Hablovitz

(De la Française)

Palabras a un joven

Créeme que no es un defecto en España ser tímido; te suplico no te impacientes por conseguir nada; todo vendrá a su hora, si estudias y te haces una cultura sólida. Estoy convencido de que el talento, al fin se abre paso. Ten confianza en tí: no te aconsejaré nunca que seas humilde. La humildad es la virtud de los borregos. Pero si te ruego seas un hombre sinceramente modesto. No es lo mismo la humildad que la modestia.

Te quiero mucho, y hé ahí mi deseo más ardiente: que procures bastarte a tí mismo, educarte tú mismo, vivir tú mismo de tus proyectos y de tus ilusiones. Le debo a la vida esta experiencia; cada hombre es lo que se propone ser; cada hombre es una cosa sagrada que debe mirarse con respeto; toda conciencia tiene el deber de buscarse a sí misma. Hoy no se obtienen en la educación moral los éxitos que en la intelectual, porque todo se informa en un principio represivo, que no hay nada pasará. Es una hipocresía la de padres y maestros. Pero la Naturaleza entera conspira contra ellos y los vence.

Ten una gran confianza en tí: esto te sostendrá siempre y te salvará en todos los naufragios. ¿A qué no sabes por qué el cristianismo es tan fuerte? Porque tiene entre sus virtudes, *La Esperanza*; casi nada más que por eso. A un buen cristiano, antes le arrancas la vida que la Esperanza.

Nadie debe avergonzarse si descubre en sí mismo alguna cualidad deficiente; esas deficiencias se compensan. Lo que no se compensa jamás, es la falta de ideales y la falta de fe. Una vida normal ha de ser algo quijotesca; y una vida perfecta, quijotesca del todo. Ten siempre fe en tí: el hombre es muchas veces superior a sí mismo. Vale más de lo que se conoce: la prueba está en los resultados favorables de una meditación sostenida. Cuando reflexionamos fijamente sobre una idea, el hecho de tardar en comprenderla no quiere decir otra cosa más que tal idea estaba presente en nuestro espíritu, sin haber entrado en su radio de comprensión. ¡Luego nosotros somos capaces de albergar ideas que no comprendemos! El hombre más sencillo, es en este sentido, un tesoro inmenso que explotar.

Cada cual debería esperar ansioso el día de la revelación de su propia alma; todos deberíamos ir al encuentro de *nuestro día*, el momento que nunca falta a los hombre puros y que será siempre, para todo el que lo busque honradamente, lo que tú sabes que fue para Mallébranche en libro de De cartes, para Lafontaine la oda de Malesherbes, para Correggio el cuadro de Rafael.

Aplaudo sin reservas tus esfuerzos, pero no tus impacencias; y si a tí que en tus años de juventud quieres inquietarte por falta de éxito en el periodismo o en otra cosa. Te estáis y espera.

A todos llega el día de la visión clara y del reconocimiento súbito e inconfundible de la vanidad de las cosas. Entonces abjuros de todos los ideales y de todas las pasiones de los hombres, nuestros hermanos, y sólo, ponemos nuestra esperanza en la Ciencia.

No puede decirse todavía que seamos infelices.

La infelicidad comienza cuando nuestra visión alcanza a la Ciencia misma y tenemos la duda de su vanidad. A esta segunda visión llegan pocos, porque la vida es corta y acaba antes nuestra vida que nuestra fe. Y el que vé esa última vanidad, —*ipostuma vanitas!*— ya no vive...

Max Bembo.

Cómo se vive en Nueva York

De una crónica que el ilustre periodista, Miguel de Zarraga, escribe en A B C, entresacamos algunos párrafos, muy interesantes para la mujer, porque dan conocimiento de cómo se desenvuelve el hogar obrero en esa gran población de 10 millones de habitantes, donde todo el mundo trabaja.

«No es fácil que un amigo se encuentre con otro, si antes no se citan. Y nadie vive cerca del lugar en que trabaja. Todos madrugamos, más o menos, y nos vamos cada uno a su respectiva ocupación, de la que no volvemos hasta por la noche. (El almuerzo, a las doce o la una, lo hacemos todos fuera de casa.) Cenamos, dormimos y nos desayunamos. Esto es todo lo que habitualmente hacemos en casa.

Me refiero a los hombres. Las mujeres casadas, si no tienen hijos, suelen hacer una vida análoga a la del esposo. Si tienen hijos, como aquí no hay criados, bastante trabajo les queda con atenderlos. Las solteras trabajan todas, como los hombres. Y gozan de las mismas libertades que los hombres.

Naturalmente, aludo a la inmensa mayoría de la población: a la clase media, ¡que tanto tiene que envidiar a la de más abajo! Los muy ricos, que son los menos, apenas si se diferencian, en su vida corriente, de los que no lo son todavía ni con mucho. Una familia obrera —si no acaba de inmigrar— nose concibe sin casa propia, automóvil y un buen seguro. Y no hay oficinista, hombre o mujer, que no tenga cuenta abierta en algún Banco...

Para esto trabajan todas, sin excepción, cinco días y medio a la semana. Y des de las doce de la mañana del sábado hasta las nueve de la mañana del lunes, ¡a descansar y a divertirse! Los pobres igual que los ricos. Ni siquiera les falta a los más pobres sus cuadros de *tennis* y sus campos de *golf*.

Todo el que vaya bien vestido, que es aquí lo esencial, puede frecuentar los mismos lugares de diversión que los millonarios: la «herradura de brillantes» de la Opera, los *cabarets* de más tono... Y los millonarios, si hace mucho calor

—como en estos días, que murieron asfixiados más de cien personas—, pueden permitirse hasta el lujo de quitarse la chaqueta en plena Quinta Avenida, y echarse al brazo con la mayor naturalidad. Pueden también entrar en cualquier parque, y tenderse tranquilamente sobre la fresca hierba. Lo hacemos todos.

Aquí no caen los prejuicios ni las preocupaciones por el qué dirán. Cada uno hace lo que mejor le parece, con tal de no molestar a otro... Un albañil guía su automóvil propio, paseándose por Riverside Drive, mientras un señor de chistera y chaquet va empujando el cochecito de mimbrés en que duerme un nene... Un banquero almuerza un *sandwich* y un café, en pie, frente al mostrador de un *restaurant* humilde, mientras su estenógrafo acepta un *lunch* en el Ritz Carlton... El gobernador del Estado de Nueva York come todos los años con los vendedores callejeros de periódicos, que él también lo fué...

Todo es nada, y de la nada puede llegarse a todo. A nadie le preocupa la intimidad ajena. El encanto de no ser nadie es uno de los mayores encantos, innegablemente, de este inmenso e ingenuo Nueva York»

Carta Literario-Feminista

Madrid 30 de marzo de 1925
Srta. de Navas. — Vitigudino.

Encantadora Conchita: Eres original, ¿con que tú deduces por lo que te digo en las mías, que mi feminismo es muy compatible con el matrimonio? ¡Ah! picaruela, algo tenías oculto que no te dejaba conocer el feminismo, por temor a que lo uno fuese incompatible con lo otro; pues ya verás con más claridad todavía que mi feminismo, no impide que una muchacha tenga novio y se case y puede ser muy feliz reinando en su trono como verdadera reina y hasta darse el caso, y se da, que el marido sea verdadero entusiasta del feminismo de su mujer que sin olvidarse su papel de ángel del hogar supo armonizar el deber de esposa sumisa y madre cariñosa con la emancipación de su antigua esclavitud.

Si bien es verdad que me satisface que con tanta precisión me comprendas, no quiero que te adelantes a mis pensamientos, porque podrías equivocarte y esto podría traerte fatales consecuencias, no te ilusiones tanto, limitate ahora a terminar el relato de la feminista que después ya te daré normas concretas a las que puedes sujetarte sin temor de perder los dulces latidos de tu corazón de mujer.

D. ploro y lamento de todas veras que haya mujeres que tan descaradamente abandonen sus ideales encantos femeninos para usurpar algo que como no le pertenece, no puede sentarle bien, con lo que resulta que ni son hombres ni son mujeres, no encuentran lo su asiento ni con unos ni con las otras, y lo que más lamento y deplo, es que tomen por pretexto el feminismo, para hacer uso de sus extravagancias. Las mujeres, como la que tú me describes,

más que feministas, como ellas se llaman, se debían de decir terroristas y no falsear los nobles fines del verdadero feminismo, profanando este nombre con tan descabellado proceder.

Nada más por hoy; saluda a tu hermana y dile que siga tan observadora que si así sigue mucho bueno puede hacer.

Y tú sigue sin temor al feminismo que te va enseñando la amiga que más te quiere.

Angeles

El Maestro

Consejos de un viejo maestro a uno que comienza la carrera.

Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a tí mismo, entender tu profesión y saber cual es tu misión en el pueblo, que esto constituye el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

Haz gala de tu título y empleo, y no te desprecies de decir que eres *maestro de escuela*, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correte.

Nunca te gúies, para ordenar tu escuela e implantar el sistema de enseñanza, por lo que *literalmente* dicen los libros; pues una cosa es los libros y otra la práctica.

No te *ahueques* en tus discursos, ni te *inflés* en tus explicaciones, antes bien sé práctico, fácil de entender y sencillo, el inflamiento y el estilo confuso y rebuscado más tienen cabida con los ignorantes que presumen de agudes que con los verdaderos maestros.

Cuando hables con la gente del pueblo no digas que sabes mucho, ni que no sabes; mira que aquella es maliciosa y te tendrías por vano, en el primer caso; por ignorante en el segundo: obra, enseña y calla.

Así, pues, no digas *antrogogía* por educación del hombre; ni cacofonía cuando corrijas una mala pronunciación... No digas *ungüis, occipucio, raquis o tibia*, cuando un niño sufra lesiones por algún accidente; procura que no ocurra, y si sucede, di llanamente que el niño se ha herido en la cabeza, en la pierna o en las narices.

No discutas de Religión con el cura; de medicina, con el médico; de drogas con el boticario; de emplastos con el albañil; de administración, con el Secretario, porque cada profesión tiene su especial sabiduría, y cada carrera o empleo sus preeminencias.

No discutas de política con nadie, ni te asocies a ningún bando, pues del lado contrario al que te inclines te empujarán y te harán caer seguramente.

Si eres muy joven no te corras demasiado con los demás jóvenes del pueblo, pues tu eres *forastero* y *maestro*, y muchas cosas que en los parientes y paisanos se celebran como gracia o costumbre, en tí parecerán mal y serán censuradas.

No elogies otros pueblos, ni censures las formas o maneras del que ocupas y vives, pues los naturales tendrán tus palabras por imperdonables ofensas.

Sé el primero en llegar a la escuela; enseña mucho; intérsate por el bien y porvenir de los niños, y serás considerado; tu suficiencia probada, tus méritos, apreciados y reconocidos.

Trata bien todos los niños y aún mejor a los artesanos, pues estos son el corazón y la vida del pueblo, cuya escuela será tu castigo o el pedestal de tu gloria.

Dentro de la escuela no tengas más que una ocupación: la enseñanza un pesamiento: la educación.

Nunca blasones de descreído e irreligioso, ni aun por congraciarte con algunos que te parecen simpáticos, pues estos tales apartan afecto y aprobación en tu presencia, sintiendo realmente hacia tí, repugnancia y desprecio.

Cuentos DE LA VOZ DE LA MUJER

Cerebro y Corazón

NOVELA BREVE. Por Enriqueta Lloreda.

Tras esfumosos despuntes de amanecer, y estando aún en calma la Naturaleza, se agitaron suavemente, como sutiles telones de gasa gris, descorridos por delicadas manos de hada, las últimas brumas de la noche, y allá, por Oriente, en los confines donde parece juntarse el mar y el cielo hizo su majestuosa aparición como un disco color púrpura el astro rey.

El mar zafiro se rizaba levemente, y de lo profundo parecían percibirse aqueos de himnos misteriosos nunca oídos.

El próximo bosque de pinos envió sus efluvios tonificantes, acres, y León, inmóvil, enmudecido, de pie en la crestería de un acantilado se recreó por vez primera en su vida, en el espectáculo que le brindaba la hora más hermosa de la creación. Si; el agosto despertar del día le hizo olvidar, por qué había ido allí; por qué se encontraba a algunos pasos no más del profundo abismo que el constante vaivén del agua había socavado en la dura roca.

Continuó inhiesto, los brazos cruzados sobre el pecho; su boca grande sensual y risueña entreabierta, los dientes apretados, la nariz fina y resuelta dilatada, y los ojos, no grandes, pardos, inteligentes, dominadores y acariciantes a un tiempo, estaban extáticos, no brillaban en ellos su acostumbrada viveza.

Y cuando creyó que en su oído bisbisearon palabras venidas de regiones ignotas, y con ansia las intentaba retener, su frente estrecha, tozuda se contrajo las negras cejas, finas, ligeramente arqueadas se frunciéron, porque una mano carnosa, masculina, pero bien cuidada, le agarró familiar y fuertemente por un brazo, a tiempo que una voz de timbre robusto, lleno, enunció: —¡León!

Se volvió. Ante la corpulenta figura, fisonomía atrayente, franca, de mirada de águila del arcipreste de L., por el rostro moreno pálido de León cruzó una ligera sombra de rubor, como niño cogido infraganti. Inconscientemente se dejó arrastrar un metro más allá del abismo balbuciendo: —No lo esperaba por aquí, don Diego.

Este dejóle libre el brazo, se quitó el casquete negro, pasóse la mano por la nivea cabeza, tornóse a calar el casquete, sacó una abollada tabaquera de plata, de ella un cigarrillo, comenzó a fumar despacio, sonrió beatífico, y fingió no notar la turbación de León.

Habló como siempre, reposado, afable:

—En cambio yo si esperaba toparme contigo: encontré tu gorrilla japonesa al principio del sendero que conduce hasta aquí; a la salida del pinar. Por cierto que allí la dejé, si no colgada precisamente de una rama, sobre algo mejor; lo encontramos, pierde cuidado; te le garantizo.

—No vaya usted a creer—replicó el joven despectivo—que esa pérdida sería cosa que me afligiese; en modo alguno, don Diego. ¡Cuando se han perdido tantas cosas, queridas las unas, indispensables las otras, la pérdida de una vida, cuanto más una gorra, no supone nada!...

—Si, hijo, si; y hay casos en los cuales, aunque sólo se cuenten veinticuatro años, el pensar en la muerte como único recurso—venga de donde venga, ¿eh?—casi no constituye pecado...

Hubo una corta pausa. León cabizbajo, cruzó nuevamente los brazos sobre el pecho, se cogió el labio inferior con la mano, mordisqueándose. Sin duda al arcipreste le pareció que el cigarrillo no estaba liado a la perfección, y se dispuso cachazudo a rehacerlo otra vez.

Vibró la voz de León, vehemente, convencido, sin que por ésto se alterase ni precipitase don Diego en su ocupación.

—¡No es pecado, no, anular una vida sin objeto, cuando, se han gustado todos los dolores; cuando no se es nada cuando no se posee nada...! Porque es lo que yo digo; si nada nos liga a la tierra, si la tierra es polvo, y polvo hemos de ser, ¡pues cuanto antes nos convirtamos en polvo tanto mejor...!

Inalterable, flemático, sin afectación replicó el arcipreste:—Tienes razón. En esos casos cuanto antes se conviertan esos en polvo, tanto mejor: lo que no es igual que pretender ser comida de peces...

León dió un paso atrás. La brisa algo más fuerte encrespó su oscura cabellera, y tuvo un gesto fiero como su nombre.

—¿Luego usted sabe qué...?

—Quedó inmóvil, los brazos caídos, la mirada perdida en el inmenso mar.

Siempre inalterable, tal como si nada hubiera oído habló don Diego:

—Sería muy conveniente que pronto, muy pronto los decadentistas exquisitos que adoran la musa de Mallarmé, a Verlaine, Baudelaire; que dicen que Dios es un fantasma; el amor un microbio; que afirman con Schopenhauer que la voluntad es una sombra, y el alma una preocupación, que han leído a D. Annuzio, a Maeterlinck, y aman profundamente la novela erótica, vicia, lenta, pasional... Repito que deben convertirse en polvo todo lo antes posible. Ahora los que creen que existe un Dios omnipotente, infinito; que el amor es algo sagrado, que purifica y ensublima; que la voluntad es más grande que el genio; que el alma, no muere; que la vida sin lucha no es vida...: esos temerán ser sorprendidos por la muerte sin haber perpetrado un apellido honorable y respetado, sin salvar una hacienda pronta a desaparecer entre garras usurarias, y sin honrar con su conducta la memoria de una madre que vivió llorando ausencias de un hijo mientras él solo se ocupaba en beber locamente en la fuente del placer, y embriagarse con el perfume de las flores del mal...

Una voz femenina, casi infantil, vibró como cascabelear de plata:

—Tío, tío Diego!.. El camino está imposible hasta aquí... Creí no llegar...

Me cansé de esperarle...Casi dudé si estaría...

El arcipreste saltó plácido y jovial dando una palmadita en la mejilla de la recién llegada que se mantuvo a su lado:

(Continuará)

Un duro al año

Monte arriba, cara al viento buscando reposo y calma, íbame yo muy contento, dándole descanso al alma, y cuando al alto llegué y al dar la vuelta a la cima, un rebaño me encontré que se me venía encima.

Avanzaban las ovejas, marchando al paso tranquilas y pasaban las parejas al sonar de las esquilas, y a los últimos reflejos de los rayos vespertinos, las ví perderse a los lejos por los ásperos caminos.

Detrás de ellas, lentamente dando al aire una canción y sacando indiferente su mendrugo del zurron, venía un pastor, un niño, un imberbe zagalejo que me inspiró ese cariño que es tan súbito en un viejo.

—Hola, ¿tú eres el pastor?

—Si señor y ¿qué se ofrece?

—¿Tienes padres?—No señor.

—¿Cuántos años tienes?—Trece.

—¿Y cuántoganas, amigo?—¡Un duro!

—¿Al día?—¡Anda maño!—¿Un duro al mes?

—Que no, digo. ¡Un duro al año.

—Le dejé que se marchara, y en el monte me senté, y avergonzado, la cara en las manos oculté.

Pasaron por mi memoria templos, palacios y reyes, los aplausos y la gloria, los discursos y las leyes, los millones del banquero, las fiestas del pontentado, réditos del usurero, ladrones en despoblado, fortunas mal heredadas, riquezas mal adquiridas, cortesanas celebradas, de ricas galas prendidas, los que del lujo se ufanan, tantas glorias, tanto daño, y en tanto hay seres que ganan ¡Un duro al año!

¡Un duro! ¡Oh Dios! ¡Cuántas veces lo habré derrochado yo en miles de pequeñeces que mi gusto me pidió! En comer sin tener gana, en caprichos y en favores, en vanidades humanas, en guantes, coches y flores, en un rato de placer, en un libro sin valor, en apostar, en saber, en humo, en un buen olor... Y ese duro que se olvida en cuanto correr se deja, era un año de la vida de aquel niño que se aleja... Y ví que somos peores

todos los seres humanos; unos, falsos soñadores, otros, falsos puritanos, ya ateos y ya creyentes, todos en el daño iguales resolviendo diligentes grandes problemas sociales, y hay seres que en esa edad, que ignoran su propio engaño deben a la humanidad... ¡Un duro al año!

¡No! Mientras del frío enero, en una espantosa noche, mi prójimo, por dinero me lleve a mi casa en coche mientras de la mina oscura saque el carbón tanta gente pasando tanta amargura para que yo me caliente; mientras de la alegre fiesta salga yo, que siento y creo, y al pobre que me molesta le mande airado a paseo; mientras derroche la moda y se gasten grande o chico mil duros en una boda, mil en entierros de rico, y hasta el sol desigual sea en dar al hombre sus rayos, y haya niños con librea que me sirvan de lacayos, ni creo en leyes humanas ni en el que las bombas tira: ¡Palabras! palabras vanas; mentira, todo mentira! ¡No hay a las penas consuelo! ¡Sufrir y siempre sufrir! ¡El Cristo subió a los cielos, pero volverá a venir! ¡Su reino será de espanto, sus leyes muy diferentes, y allí se ha de ver el llanto y el rechinar los de dientes!

Y han de subir a mil codos más alto el nuevo diluvio y en él moriremos todos; y más alto que el Vesubio nos ha de ver impasible ese niño, ese pastor, ya convertido en terrible ángel exterminador, y entre torrentes de lava, gritará del alto escanfe: Yo soy aquel que ganaba ¡un duro al año!

Así a mi solas decía solo en la cumbre del monte, mientras el sol se escondía en el rejizo horizonte.

En la sombra se ocultaban lentamente las aldeas y en la ciudad humeaban las fabriles chimeneas, veíanse allá las cruces de las santas catedrales y los rayos de las luces de las fiestas mundanales. Allí viven reunidos miles de seres humanos allí rezan compungidos los que se llaman cristianos, entre el ruido y movimiento de las modernas ciudades resumen triste y cruento de las necias vanidades... Y allá, perdido en la plana, cantando tras su rebaño, iba el niño que ganaba ¡un duro al año!

Eusebio Blasco

Prepara tus lecciones cada día y así te parecerás a los sabios: sólo los ignorantes no necesitan preparación para sus lecciones.

Enseña con hechos lo mismo que explicas con palabras, pues decir y no hacer sienta más a los charlatanes que a los discretos.

Enseña bien las cosas; mira que las verdades a medias son más perniciosas que la misma mentira.

Preséntate siempre en la calle, en la Iglesia, en la escuela y en todas partes muy limpio y aseado; pero sin aceites ni remilgos que te distingán ni señalen; tu vestido será digno y decoroso, pero modesto y serio, pues de otro modo formaría ridículo contraste con el modo de las gentes del pueblo, humildes sencillos.

Un maestro muy estilado y una maestra llena de encajes, lazos y flecos no se compaginan con los harapos o desandeces de los niños o niñas.

Para concluir, te aconsejo que seas muy prudente, caritativo y bien intencionado, y que nunca dejes de ser bueno, diligente y estúdioso.

Madame Catulle Mendés

Presentada a la señora Catulle Mendés por nuestro gran cronista Gómez Carrillo, al avisarme su llegada sentí la tentación de la intervíu. Conocemos los españoles que nos interesamos en cuestiones literarias la extensa obra de Jean Catulle Mendés, sus libros de poesía, sus trabajos en revistas y rotativos franceses; decir que la viuda del cantor de Santa Teresa es una gran poetisa y una notable escritora sería repetir lo que todos saben. Yo quería presentar su figura de mujer viviente, completa, tal como se necesita para hacer de ella algo muy nuestro, que no pase como una ráfaga, sino que se quede entre nosotros.

Después del almuerzo, en el hall del hotel, en la dulce languidez del descanso, conduje la conversación hacia las intimidades, evocando sus recuerdos con mis preguntas.

Madame Catulle Mendés habló con voz sonora, armoniosa, desmayada, como si recordase un ensueño lejano de su primera infancia... Hija de una noble familia bretona, tradicionalista y severa, la hija desde niña, teniendo que ocultar sus entusiasmos artísticos y sus aficiones de escritora. Un día en el cual pacientes ojeados le hicieron la pregunta tan vulgar y repetida a los niños «¿Qué deseas ser?», la pequeña respondió con viveza: «Casada.» «¿Con quién?», volvieron a preguntarle. «Con Víctor Hugo», repuso la niña sin vacilar.

—Yo no conocía al maestro personalmente; pero me seducían ya sus obras y su gloria. Acaricié de tal modo mi pasión romántica, que su muerte llegó a causarme un dolor profundo. «Se ha muerto mi prometido», me decía, y a escondidas de todos colocaba en mi dedo una cintita negra en señal de duelo y en sustitución del anillo de desposada, que no me pondría nunca mi poeta.

—Y esos sentimientos la llevaron a usted al matrimonio con otro gran poeta?

—Sin duda contribuyeron mucho. Admitaba su talento, su alma superior, y no ignora usted que las mujeres necesitamos admirar para amar.

Y me cuenta cómo conoció a su marido en ocasión de un certamen organizado por él, y cuyo premio fué adjudicado a una composición suya... Los

días felices son acicate del dolor cuando se han perdido. De un modo doloroso evoca su casamiento y recuerda su vida sencilla de hogar, dedicada al esposo en una colaboración asidua y anónima: corrigiendo sus pruebas de imprenta, copiando sus manuscritos e investigando en bibliotecas en busca de documentos y notas para su labor. En esos años ella huyó de la exhibición, de la gloria, excusándose de escribir, a pesar de los éxitos que sus producciones obtenían; dormida en la paz de su gabinete, mecida en la dulzura de su amor, que creía eterno. Como galvanizada por el cuadro de su dicha perdida, llameaban sus ojos, de pupilas más negras que el cohol que las circunda, y sus miniados labios enrojecían aun más.

—Este sacrificio de la mujer intelectual no lo comprenderá jamás el vulgo. Seguirá creyendo vanas e incapaces de hacer la felicidad de la familia a las mujeres que escribimos y pensamos, sin comprender que el amor eterno vive en el inenarrable misterio del existir. Amor perfecto de esposas y madre, fuente del género humano, que no puede perecer porque tiene sus raíces en las profundidades de nuestra Naturaleza. Cuando nos entregamos al Arte, al trabajo, a la vida pública, es cuando llega para nosotras el dolor, el desencanto, esa angustia que es necesario ahogar para no volverse loca o morir de desesperación cuando un brazo amante no nos presta ya apoyo.

No quiero que se detenga en la terrible página de la muerte desdichada de su marido, que salió lleno de vida y fué conducido a sus brazos con el cráneo roto en un accidente ferroviario, y el hago sonreír hablándole de su único hijo, un jovencito en el que ha reconcentrado toda la pasión de su alma ardiente, esa pasión que se desborda en sus poesías, y para el cual vive y trabaja.

—Mi hijo no es poeta—me dice sonriente—; mi hijo es deportista... sin perjuicio de ser un buen estudiante.

Hay una pausa, durante la cual ella entorna sus ojos, profundos y sombríos. Es como el esfuerzo de las sonámbulas para salir del ensueño y reanudar la vida actual.

—Ahora—me dice—mi vida es vulgar. Trabajo mucho, viajo, doy conferencias en París y en el extranjero; acabo de realizar un viaje al Brasil, y a esa tierra privilegiada, a la cual profeso un gran cariño, está dedicado el volumen de versos que precisamente acaba de salir ahora, *La Ville merveilleuse*.

Cuando estoy en París, la vida mundana me roba el tiempo, y esto me obliga a escapar temporalmente al campo o a la orilla del mar para poder escribir. En estas temporadas de descanso recupero las fuerzas y vuelvo con mayor deseo a mis viajes y conferencias.

Sin énfasis me habla de sus libros. El primero, el libro ingenuo y querido, con el título de *Les charmes*; el segundo que tiene la triste fecha de ver la luz el mismo día de la muerte de su marido, *Le cœur magnifique*. Después, sus libros de prosa *Les petites confidences* y su labor continua de crítica y literatura en diarios y revistas.

Aunque su predilección son las conferencias y en ellas ha obtenido grandes éxitos, se muestra ligeramente impresionada al aparecer ante un público extranjero.

—¿Hablará usted en francés?

—Siempre; no conozco ningún otro idioma, así como sólo me ocupo de los temas que sirven para hacer que se conozca bien a mi patria.

—¿Pronunciará usted su conferencia?

—La leeré. Una conferencia se fruto de pensamiento, y no puede ni se debe improvisar como el discurso de mitin.

—¿No visitará usted más población de España que Madrid?

—Ahora no tengo tiempo más que de preparar mi conferencia. He de volver para ir a Andalucía: Sevilla, Granada, tierras árabes, de sol, de pasión, de encantos y misterios... Pero, ante todo, deseo ir a Avila, la patria de Santa Teresa de Jesús, de la que soy devotísima desde pequeña, porque mi madre era española y me enseñó a amarla.

—¿Es usted creyente?

—En todo. Por creer, creo en todas las supersticiones.

—¿Hasta en la quiromancia?

—¡Oh! Esa es mi predilecta.

Y antes de que pueda darme exacta cuenta del giro extraño que ha tomado la conversación, madame Catulle Mendés se apodera de mi mano y empieza a leer en sus líneas con una clarividencia que me sorprende. ¡Oh, las líneas de mi mano dicen cosas muy lisonjeras! La bella adivinadora habla con animación, con viveza; escucha, penetra, investiga. Ha cambiado de tono y de vocabulario, y predice o adivina con toda la seguridad y de toda la gracia de una gitana del Albaicín.

Cuando se lo hago observar lanza una alegre carcajada. Se ha transformado en otra mujer, sin perder nada de su distinción y espiritualidad. Han entrado varios literatos a saludarla, y ella examina atentamente las manos de todos, encantándolos con su charla alegre y discreta.

Alguien mira el reloj. Se ha roto el encanto. La bohemia desaparece bajo las gasas y la pieles fastuosas de madame Catulle Mendés; yergue la línea armoniosa de su figura arrogante con soberana elegancia y dice sonriendo.

—Todas estas cosas tienen mucho encanto; yo les encuentro una gran belleza. Así como algunos dicen que no existe para ellos las palabras «imposible», para mí no existe el concepto de «lo feo». El secreto de mi vida escriba

te y han sido contados los que han vuelto a su hogar. Fué necesario, pues, que las maestras se multiplicaran para sustituirlos, y así se verificó; de tal modo, que de cada 100 escuelas de los Estados Unidos, 70 se hallan dirigidas por mujeres.

«Las consecuencias de la guerra han sometido el talento de las mujeres a una nueva prueba. El triunfo del Norte sobre el Sur ha rescatado una población de negros calculada en 4.000.000 de almas que gemían sujetas a la ominosa esclavitud. «La religión y la humanidad, como era consiguiente, se ocupan en aliviar la suerte de los infelices, que al día siguiente de ser manumitidos se veían arrojados por sus señores y obligados a buscar el sustento y el de sus hijos en el trabajo. Pero en los Estados Unidos no podían faltar numerosas asociaciones para la fundación de escuelas, y en efecto, en los del Norte se fundaron más de 6.000 para los niños negros de ambos sexos. Con este motivo se hizo un llamamiento entusiasta a las personas bien acomodadas, de esas que allí se asocian siempre, y yo como por costumbre a todos los actos de beneficencia, y desde el año de 1863 se han establecido 4.000 escuelas para la juventud de color en los Estados del Sur.

La enseñanza en estos nuevos centros de caridad y de instrucción se han encomendado a las mujeres, a estas generosas misioneras de la ciencia, que no han vacilado en abandonar su país y sus familias para consagrarse a un trabajo penoso de suyo, más todavía por la acogida poco benevola que de ordinario encontraban

ta, sabe, y así como al principio de la civilización quiso adornar materialmente a la mujer para gozarse más en su hermosura física, ahora empieza a sentir un vacío, viendo que no puede asociarla a los altos goces de la inteligencia, y se ha preguntado:—¿La mujer podrá ser verdaderamente mi compañera?—Sus facultades intelectuales cultivadas, ¿podrán levantarse hasta las altas regiones del pensamiento?—¿Su razón podrá comprender la mía y auxiliarla?—A estas preguntas el hombre no ha respondido todavía, pero el problema se ha planteado y el tiempo despejará la incógnita.

En todas las cuestiones de sentimiento, de honra, de licadeza y de conciencia, la mujer ha mostrado que llega a donde puede llegarse, apenas se la ha sacado del envilecimiento en que yacía. Tratándose de las facultades intelectuales no ha podido hacer esta demostración por estarle vedada el terreno en que se cultivan. Alguna vez se ha entrado por él con gran trabajo y no pequeño peligro, recogiendo ópimos frutos y siendo calificada, como hemos dicho, de excepción rara y que no se admite como argumento en pro de su inteligencia. Algunos hechos hay sin embargo que hablan muy alto en favor de ella.

El hombre, padre cariñoso, no ha querido privar a su hija, porque no era varón de la herencia paterna, y cuando las naciones se consideraban como el patrimonio de los reyes, a falta de varón, las mujeres han subido al trono. ¿Han dado a esa altura muestras de incapacidad intelectual? Cuéntese el número de re-

en esto: un gran amor me mataba, y el trabajo, la pasión del Arte, el amor a todas las cosas, me han salvado. Sé amarlos todo, y así es todo bello y suave.

Y luego, Al alejarme, al encontrarme como perdida y sola entre la multitud endomingada, creía escuchar aún sus últimas palabras como un himno de fe y de esperanza, doblemente impresionante en boca de una mujer que sabe de amar y de sufrir y del misterio de la vida.

Carmen de Burgos.

La pers vetançia triunfa siempre

Una mujer muy inteligente, pero pesimista en demasía, me ha negado su concurso a pretexto de creer imposible el poder organizar a las mujeres y llevar a cabo la obra feminista que nos hemos propuesto. A su carta contestamos con el siguiente ejemplo:

Siendo yo muy niña, lei una historia que irió vivamente mi imaginación; voy a referirla aunque por lo muy corriente sea conocida de muchas lectoras.

Era muy frecuente en la Edad Media, como todas sabemos, los castigos corporales en la enseñanza, y de ahí debió quedar el adagio de «la letra con sangre entra».

Un joven estudiante, hijo de potentada familia, no hallando facilidad en el estudio se rebeló contra los libros y los castigos de su preceptor, abandonando la casa paterna.

Erraba por el campo solitario y se paró a meditar cerca del brocal de un pozo, sobre lo que más le convenía hacer. Posáronse su ojos, por casualidad, sobre la piedra desgastada, en la

que el roce de la cuerda, al sacar agua del pozo, había producido una canal.

Dudaba el joven estudiante entre seguir una vida de aventuras o de someterse de nuevo a la ferula del iracundo pedagogo encargado de su educación, que tanto le exegía, cuando la canal encrustada en la piedra del brocal le hizo meditar: «¡Hay que ver—se dijo para sí—las veces que la sogá habrá rozado esta piedra para producir esta canal! Pero más dura que ella no ha de ser mi cabeza, pues a fuerza de pasar y repasar los libros por ella lograrán hacer también en una canal donde penitente lo que he de estudiar.

Las reflexiones del estudiante tuvieron su confirmación. Volvióse presto a su casa, aplicóse al estudio con afán y la perseverancia le elevó a ser la primer figura de su siglo: San Alberto, apellidado el grande, al que su intensa y variada sabiduría hizo que le tuvieran por brujo sus contemporáneos.

Este ejemplo del brocal del pozo lo llevo yo presente en la obra feminista. Un día y otro día un mes tras de otro mes, un año tras de otro año, con perseverancia nos darán el triunfo que esperamos en la obra feminista que llevamos.

¿Qué importa que ese triunfo llegue en el ocaso de nuestra vida? Si vislumbramos, antes de morir, que la semilla que hoy sembramos puede fructificar después de nuestra muerte, moriremos contentas; porque en el trabajo que llevamos no buscamos el lucro y exhibición personal, sino el triunfo de la idea, libre de todo prejuicio; pero el triunfo llegará: es el fruto seguro de la perseverancia y de la fe en la ideas

C. R.

SI ES USTED FEMINISTA LEA LA VOZ DE LA MUJER

La jornada de ocho horas y el Congreso Socialista de Marsella

COMENTARIOS

El congreso Internacional Socialista celebrado en Marsella ha aprobado una resolución proclamando la aplicación efectiva universal de la jornada de ocho horas; la no autorización de horas suplementarias sin causa justificada y, por último, declarando que pueda ser permitida la reducción de dicho máximo de ocho horas en todos los oficios malsanos.

Las que llevamos una vida de trabajo intenso, nos creemos autorizadas a dar nuestra opinión sobre estos acuerdos, nuevos al parecer para los modernos legisladores obreros, pero que en el campo del feminismo español tienen algunas centurias de existencia.

Las ocho horas de jornada las impuso en España la gran reina Isabel la Católica para el trabajo de los indios de América. He ahí como una mujer se adelantó en cinco siglos a la idea tan debatida hoy por los legisladores del pueblo.

Todos convienen en las citadas ocho horas; bien está; pero creemos nosotras que debiera hacerse antes una especie de estadística del esfuerzo corporal y mental que supone los diferentes trabajos, porque no es posible medir a todos con el mismo descanso si el esfuerzo es desigual.

Hay trabajos que pueden muy bien soportarse más de ocho horas, otros que no pueden llegar a tanto; lo mejor sería que los contratos de trabajo se hicieran a base de la cantidad y calidad del mismo que el obrero pueda hacer.

¿Qué motiva la jornada de ocho horas? Que el trabajo se reparta por igual

y no haya tantos obreros parados y que estos tengan tiempo de instruirse, ¿no?

Un minucioso examen nos hará ver enseguida que la jornada de ocho horas no ha remediado los fines que se propone, sino, por el contrario han empeorado.

El número de los obreros sin trabajo ha aumentado desde que existen las ocho horas de jornada, porque disminuida la producción ha encarecido la vida y muchas industrias han quebrado.

La cultura del obrero tampoco ha aumentado; al revés, se han aumentado los bares y la afición a vicios nuevos.

Muy bien la jornada de ocho horas; muy bien la disminución de ésta en los oficios malsanos; pero sea obligatoria, durante dos horas, por lo menos, a centros culturales de perfeccionamiento profesional.

¿No se obliga a los derechos? ¿Por qué no se ha de obligar de igual modo a los deberes?

Pregunten a las mujeres si desde que existe la jornada de ocho horas y sus maridos ganan más están sus hogares mejor atendidos. La mayoría dirá que no y tendrá que confesar que con la disminución de horas de trabajo y el aumento de jornal están peor que antes, si bien los maridos más holgados y más provistos los bolsillos se han creado mayores necesidades y más vicios.

Ocho horas, sí; pero mínimo de producción, perfección en el trabajo y asistencia obligatoria a las Escuelas profesionales nocturnas que debe poner el Estado o sostenidas por las sociedades obreras con la protección y vigilancia de los que gobiernan.— Pepita Jiménez.

Origen de las regatas

En los primeros siglos de la Edad Media, en Venecia, se celebraba con gran pompa, por tradicional costumbre, la fiesta de la Candelaria.

Uno de los festejos de dicho día consistía en que el Dux, rodeado de brillante corte de obispos, consejeros y notables, y desde el sitio denominado Isola del Castillo (hoy arsenal), confiriere de la renta de Tesorería dote de doce doncellas venecianas, entre las aclamaciones del pueblo.

En el siglo X, y siendo Dux de Venecia Pier Candiano III, entre la sorpresa de la multitud unos arrojados piratas robaron a las doce doncellas con sus dotes, sin que en medio de la estupefacción de la multitud hubiera nadie que intentara evitarlo.

Rehechos los venecianos de su sorpresa y comprendiendo lo ridículo de la situación habilitaron inmediatamente las góndolas y barcos disponibles, haciéndose inmediatamente a la mar y consiguiendo alcanzar a los piratas y rescatar la presa.

Desde entonces fué tradicional en Venecia, en dicho día, premiar la góndola que más valozmente remara.

Tal fué el origen de las regatas.

El barometro para apreciar el grado de delicadeza de un hombre es su mujer.

Alvaro López Núñez

24 LA MUJER DEL PORVENIR

yes y reinas en los países en que las hembras pueden ceñir la corona, y véase si no están en mayor proporción las reinas notables por sus talentos y aptitud para el mundo. Isabel I, Doña María de Molina, Isabel de Inglaterra, Cristina de Suecia, las Catalinas de Rusia, forman un grupo de mujeres inteligentes, que si se compara al corto número de gentes, que han reinado, debe hacer pararse al más resuelto campeón de la inferioridad intelectual de la mujer.

¿En las artes se distinguen las mujeres a pesar de la desventaja con que las cultivan. Aun por regla general, con menos instrucción que el hombre, no se muestran inferiores en la escena, y son cómicas, trágicas y cantantes. ¿Para esto no se necesita inteligencia, y mucha inteligencia?

¿En el trono y en el teatro, que es donde han podido brillar los talentos de la mujer, brillan cuando ménos, al par de los hombres? ¿Qué razón hay para sostener, para sospechar siquiera que en otros terrenos, si no se vedasen, no manifestare igual aptitud?

Y si de los públicos, que pueden consignarse en la historia, pasamos a los privados y observáms en el hogar doméstico. ¿quien no recuerda haber oído en su casa o en las ajenas, que muchas veces, comparando a los hermanos de diferente sexo, se dice: «Aquí están cambiados: la fulanita debía ser hombre, porque aprende incomparablemente mejor que su hermano, etc.? Al cabo de algunos años, las aventajadas facultades de la niña estarán por

CONCEPCION ARENAL 25

falta de ejercicio, embotadas en la mujer, que será vulgar, y el hermano habrá recibido un título académico, y será un hecho y su argumento poderoso en favor de la de su sexo.

En los adultos no educados no se advierte diferencia en las facultades intelectuales de los dos sexos. Tampoco se nota entre los niños y niñas de las clases educadas. Problema: Para las personas que reciben educación.

¿A qué edad empieza la superioridad intelectual del hombre? Se puede efrecer un buen premio al que le resuelva, en la seguridad de que no le alcanzará nadie.

La cuestión así planteada, ¿no parece ridícula? Seguramente, porque la lógica del absurdo lleva al dolor o al ridículo.

La historia, es decir, la experiencia, o calla o dice: La inteligencia de la mujer no es inferior a la del hombre.

Terminando este escrito llega a nuestras manos uno en que se da noticia de la instrucción superior de las mujeres en los Estados Unidos. Por él se ve que la cuestión de si la inteligencia es igual en los dos sexos, está de hecho resuelta, afirmativamente. Copiaremos algunos párrafos de M. Trippeau, que es el autor de esta interesante noticia. Dice así.

«No fueron los pobres maestros de escuela los que menor tributo pagaron a la muerte en esta guerra (la de los Estados del Norte con los del Sur). Del Estado de Connecticut solamente se alistaron 2.500 en el ejército del Nor-